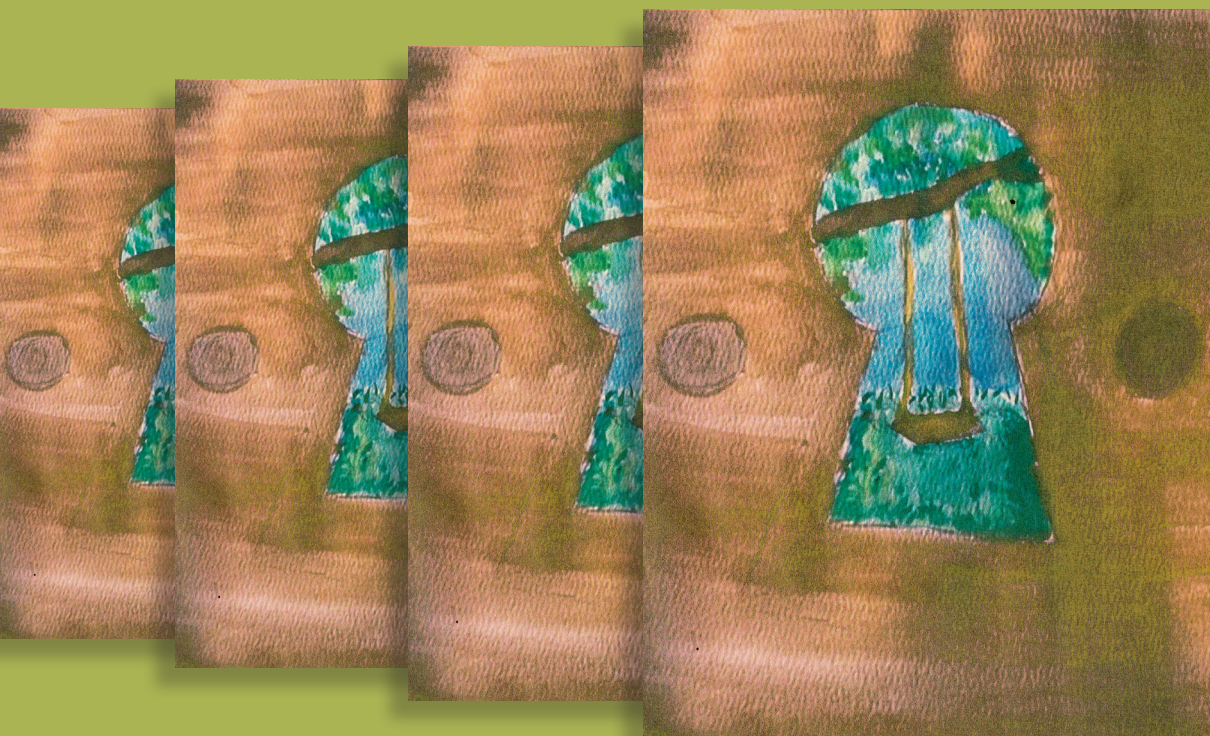


Raúl Jorge Rodríguez de Almeida Adelo

El valor de creer

**Historias reales de
quienes vieron capacidades
donde otros solo veían límites**



Raúl Jorge Rodríguez de Almeida Adelo

El valor de creer

**Historias reales de quienes vieron capacidades
donde otros solo veían límites**

2026



© Raúl Jorge Rodríguez de Almeida Adelo
Imagen de tapa: Manuela Rodríguez de Almeida Cabrera

ISBN 978-9915-9899-4-5

Revisión de texto: Hebe Vasconcellos

Tierradentro Ediciones
www.tierradentro.com.uy
tierradentroediciones@gmail.com
Tél. (+ 598) 099 413 304 (+ 598) 099 92 99 03 / 4362 1517
Baltasar Brum 226
Durazno (Uruguay)



Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, fotocopia, microfilme, offset, mimeógrafo o cualquier otro medio mecánico o electrónico, con o sin finalidad de lucro, sin autorización escrita del titular del *copyright*.

Queda hecho el depósito que ordena la ley.
Impreso en Tradinco, 1ª edición: julio 2026

Índice

Prólogo	6
La tristeza que alumbraba la noche	8
-Antonio	9
Cuando hablar no es con palabras	12
-Caco	13
Cuando la voz se vuelve silencio	16
-Edgardo I.....	17
-Edgardo II	20
-El árbol	23
La gorda estaba re-buena	26
-Lau	27
-La verdad.....	29
La sonrisa que insistía	30
-El deseo	31
-Ahora escribe sin mirar	32
A morte não e segura.....	34
-La música de Patricia.....	35
-“A morte não é segura”	37
La música que nacía	38
-La música que nacía de una lata.....	39
-El día que el tambor también lloró	41

“El Director”	43
-El faro de la dignidad	44
-Guerrillero de la igualdad.....	46
“Alberto”	48
-Los primeros pasos	49
-Conectando el mundo.....	51
Lo que se siembra	53
-El patio y el juramento	54
-Lo que florece	56
“Pitica”	57
-La promesa y la espera	58
-El estreno y la risa	60
“El sabio”	62
-El amigo del trabajo.....	63
-La sabiduría de Luis.....	64
Nilza de Mello. Historia relatada y contada por ella	66
-Aprender a escuchar el mundo	67
-La palabra, las manos y el destino	69

A mis gurises.

*A sus risas inesperadas, sus maneras únicas de mirar el mundo,
sus silencios que hablan y sus pasos que nunca imitan los de nadie.*

*A ustedes, que me enseñaron lo que ningún manual podría enseñar:
que la dignidad se defiende con ternura,
que la vida se construye de a poquito,
y que el amor —cuando es verdadero— no exige, acompaña.*

*Gracias por mostrarme todos los días
que cada persona tiene un ritmo, un tiempo, un modo
y que lo importante no es llegar primero,
sino **llegar siendo uno mismo.***

Raúl Jorge Rodríguez

Rivera, 2025

Prólogo

Hay miradas que hablan sin hacer ruido.
Hay manos que tiemblan, pero igual buscan tocar el mundo.
Hay gestos que parecen pequeños, pero cargan historias enormes.

Yo aprendí a mirar distinto gracias a ellos.

No llegué a este camino sabiendo mucho.
Llegué como cualquiera, creyendo que venía a enseñar, a ayudar, a acompañar.

Pero fue ahí, entre risas torcidas, silencios largos, palabras que no salían, esfuerzos que parecían imposibles, que entendí algo que no se aprende en libros ni en cursos:

Que la verdadera sabiduría está en la ternura.

Conocí gurises que luchaban todos los días contra su propio cuerpo.

Conocí gente que nunca dijo una palabra, pero te contaba la vida entera con los ojos.

Conocí abrazos que no estaban hechos para mostrar cariño, sino para sostenerse en pie.

Conocí familias que aman en silencio, sin que nadie las aplauda.

Y en ese encuentro, en esos días largos, simples, llenos de mate y vereda,

me di cuenta de que **yo no estaba enseñando.**

Yo estaba aprendiendo.

Aprendiendo a escuchar.

Aprendiendo a esperar.

Aprendiendo a no juzgar.

Aprendiendo a cuidar sin invadir.
Aprendiendo a querer sin condiciones.

Este libro es para ellos.
Para Caco y su mirada que decía todo.
Para Edgardo, que me abrió la puerta de su casa y de su vida.
Para Jacinto, que me enseñó lo que significa no rendirse nunca.

Y para tantos otros que pasaron por mi camino
y que en silencio me hicieron mejor persona.

No son historias tristes.
Son historias verdaderas.
De esas que te acomodan el alma.

Ojalá vos que estás leyendo encuentres acá una cosa nomás:
que la dignidad no se negocia
y que la humanidad se cultiva
con tiempo, con paciencia
y con amor del bueno.

Raúl Jorge Rodríguez de Almeida Adelo

La tristeza que alumbraba
la noche

Antonio

La tristeza que alumbraba la noche

Con Antonio éramos amigos de muchos años. No recuerdo exactamente cuándo empezamos a encontrarnos, pero sé que era como si siempre hubiera estado ahí. Yo con mis buenos cuarenta y pico, él rondando los cincuenta. Nos unían cosas simples: la vida, el trabajo, el fútbol, la crisis económica de todos los días y ese deseo testarudo, casi infantil, de querer arreglar el mundo conversando.

Nos veíamos dos veces por semana, casi sin excepciones, debajo del paraíso que estaba en la esquina de su casa. Él venía del Mercado Público, donde trabajaba como encargado del local de los compañeros con discapacidad visual. Llegaba siempre con su mate, el termo bajo el brazo y un cansancio que se le notaba más en los ojos que en el cuerpo.

Porque Antonio tenía un deber que él mismo se había impuesto: todos los días a las 7:15 en punto tomaba el ómnibus para llegar a tiempo a recibir a Wenceslau, su amigo, que traía los diarios en braille. Era un ritual. El café pronto. El diario recién llegado. Y Antonio, ansioso por ser el primero en enterarse de las noticias para después contarlas.

Porque Antonio no solo leía las noticias: **las regalaba**. A cada uno que llegaba al mercado y no sabía leer braille, él le relataba el mundo entero.

Con paciencia.

Con pasión.

Con esa necesidad profunda de que nadie quedara afuera del saber. “**Aunque no vean, no pueden decir que no saben**”, decía él.

Pero en sus ojos —siempre— había algo más.
Algo que no tenía explicación fácil.

Yo lo escuchaba, hablábamos de todo, pero había momentos en los que Antonio se iba lejos. Como si su alma estuviera buscando algo en algún lugar donde yo no podía llegar. Su mirada se llenaba de una tristeza oscura, silenciosa, pesada. Y yo no sabía por qué. Tenía familia, tenía hijos, tenía compañera. Pero sus ojos... estaban llenos de noche.

Un día —como cualquiera— nos sentamos bajo el árbol. No hubo mate compartido ni conversación de fútbol. Antonio me miró con una seriedad distinta y me dijo:

—Me voy de mi casa.

No pregunté nada. Lo miré. Esperé.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Voy a buscar a mi amor —susurró.

No entendí.

No sabía qué amor.

No sabía dónde.

No sabía desde cuándo.

El silencio entre nosotros se volvió eterno.

Y entonces, casi gritando desde adentro, desde un lugar que le dolía:

—Yo la perdí. Pero la voy a buscar.

Se levantó.

Miró el árbol.

Me abrazó.

Tomó su bastón y se alejó.

Cuando reaccioné, estaba solo.
Debajo del paraíso.
Con la noche en mis ojos.

Nunca más lo vi.

Pasaron quince años.

Un día, me llamaron para avisarme que Antonio había muerto.
Corrí al cementerio.
No necesitaba que me dijeran en qué sala estaba.
Se sabía.
Se sentía.

Porque ahí estaba ella.
Su amor.
Su luz.
Su destino.

No sé cómo se encontraron.
No sé cuánto buscó.
No sé cuánto caminó a ciegas.

Solo sé que cuando lo vi,
sus ojos ya no tenían noche.
Tenían luz.

Cuando hablar no
es con palabras

Caco

Cuando hablar no es con palabras

Caco no hablaba.

Nunca dijo una palabra, al menos no de esas que se pronuncian con la boca.

Pero tenía unos ojos... unos ojos que sabían decirlo todo.

Miraba fijo.

Muy fijo.

Como si quisiera atravesarte el pecho para ver qué había detrás de tu costilla más adentro.

Su mirada era una pregunta, una espera, un reclamo y a veces una risa.

Nosotros, todos los días, nos sentábamos frente a él.

Le hablábamos largamente —aunque éramos nosotros los que hablábamos, claro— contando cosas de la vida, del clima, del mundo.

Monólogos interminables que hacíamos como si él contestara, porque en verdad **contestaba**: con sus cejas, con el brillo de sus ojos, con una mueca, con el silencio vivo.

Era una conversación sin palabras.

Y sin embargo, **era conversación**.

Un día, Caco empezó a fruncir los ojos.

Hacía una cara particular, como si estuviera practicando un gesto nuevo, un gesto solo suyo.

Arrugaba la cara con tanta intención que parecía querer decir algo urgente.

Nosotros no entendíamos nada.

Pero él seguía.

Cada tanto, se detenía, me miraba directo y hacía su gesto.

Como si el mundo dependiera de que lo descifrásemos.

Los días pasaron.

El gesto siguió.

Y nuestra intriga también.

Hasta que un día llegó la psicóloga con una cámara de fotos.

Una cámara nueva, brillante, novedad de esas que traen movimiento y risas a los pasillos.

Entró sala por sala, tomando fotos entre juegos, risas, miradas serias y curiosidad.

Cuando llegó donde estaba Caco, se paró delante de él y levantó la cámara.

Y allí pasó **algo hermoso**.

Caco no dudó.

No pensó.

No titubeó.

Se acomodó como quien tiene práctica.

Como quien estaba esperando ese momento.

Se plantó firme frente a la cámara.

Y **empezó a hacer aquella cara**.

La famosa cara.

El gesto.

La señal.

Pero ahora acompañado de una cosa que hasta ese día no le habíamos visto tan completa:

una risa.

Una risa amplia.

Limpia.

Incontenible.

Rió y posó.
Posó y rió.
Como un artista frente a su público.

Ese día entendimos.
O mejor dicho, **recibimos su mensaje.**

Esa cara no era un misterio.
No era un código escondido.
No era un pedido de ayuda.

Era **su identidad.**
Su firma.
Su sello.
Su manera de decir:
“Este soy yo. Mírenme. Estoy acá.”

Mientras la cámara hacía *clic*, él ganó algo más grande que una foto.
Ganó **su voz.**

Porque ese día Caco habló.
Sin pronunciar una palabra.
Pero habló.

Nos dijo que su risa existe.
Que su gesto tiene sentido.
Que él **participa.**
Que él **elige.**
Que él **sabe.**

Y creo —de verdad creo— que ese día él **se sintió artista.**
Y nosotros, aunque no lo dijimos en voz alta, nos sentimos orgullosos de haber sido sus espectadores.

Caco no habló nunca.
Pero aquel día
nos contó la vida entera.

Cuando la voz se vuelve silencio

Edgardo I

El que siempre tenía un plan

Edgardo era de esos que nunca se quedaban quietos.

Ni un minuto.

Ni para respirar, te diría.

Tenía una energía que parecía salirle desde la punta de los dedos y le recorría todo el cuerpo como un chispazo.

Y cuando uno lo miraba bien, entendía que esa electricidad no era inquietud: **era vida**.

Vida pura, sin filtro, sin descanso, sin pausa.

Siempre estaba tramando algo.

Lo sabíamos por la mirada.

Esa mirada medio traviesa, medio inocente, medio “yo no fui” pero con los ojos brillando como si ya estuviera listo para la próxima travesura.

Edgardo no necesitaba palabras para comunicar sus planes.

Alcanzaba con verlo caminar con las manos en la espalda, despacito, como si estuviera pensando algo muy importante.

Ahí sabíamos que había misión en camino.

Un día, por ejemplo, decidió que todas las sillas de la sala debían quedar dadas vuelta.

¿Por qué?

Nadie lo supo nunca.

Pero ahí lo teníamos: girando silla por silla, mirando de reojo para ver si lo estábamos mirando, y cuando lo descubríamos, hacía esa sonrisa que no se podía retar.

Esa sonrisa que te obligaba a reírte también.

Otro día se empeñó en esconder todos los lápices.
Los llevaba uno por uno dentro de sus medias.
Caminaba duro, como soldado, porque los lápices se clavaban, pero él feliz.
Y cuando lo encontramos, se reía como quien revela un truco secreto de mago.

Era imposible enojarse con Edgardo.
Imposible.

Porque en cada travesura había **amor**.
Había ganas de que el mundo se moviera.
De que algo pasara.
De que no todo fuera una rutina quieta y seria.

Él nos enseñó —sin saber que enseñaba nada— que **la risa también es una terapia**, que el juego también cura, que la vida es mejor cuando se mueve un poquito.

Pero...
(la historia se tomó un segundo de aire)

...un día dejó de moverse así.

Un día, algo en él se apagó un poco.
Su mirada no tenía el mismo brillo.
La sonrisa no le nacía tan fácil.
Las manos que antes no paraban, ahora descansaban sobre la mesa, como si pesaran más que antes.

Y nosotros —que lo conocíamos mejor que a nosotros mismos— lo vimos.

Y supimos que algo estaba pidiendo.
Algo estaba necesitando.
Algo adentro dolía.

Pero eso...
eso es otra parte de la historia.

Esta parte, la que acabas de leer, es la parte **en la que Edgardo era un fuego.**

Y así quiero que el lector lo recuerde primero:
vivo, eléctrico, chispa pura.

Porque sólo cuando uno ama, entiende lo que se pierde.
Y ahí sí, el alma escucha.

Edgardo II

Cuando la voz se vuelve silencio

Pasaron algunos días en los que Edgardo dejó de aparecer con sus ideas alborotadas y sus pasos rápidos.

Era raro verlo quieto.

Raro verlo sentado mirando el piso, como si estuviera escuchando algo que nosotros no podíamos oír.

No decía mucho.

Pero sus ojos...

sus ojos estaban diciendo todo.

Yo lo miraba.

Y él me miraba también, como quien busca una palabra que no sabe cómo nombrar.

Un día me senté a su lado en el cordón de la vereda, como siempre habíamos hecho.

No dije nada al principio.

Ni él.

Éramos dos presencias quietas mirando cómo la tarde se iba haciendo naranja.

El viento movía un poco su pelo, y él seguía mirando al horizonte, como si allí, bien lejos, hubiera algo esperándolo.

Fue entonces, sin apuro, sin levantar la voz, casi como si hablara para él mismo, que me dijo:

—Yo sería una persona muy feliz si supiera escribir mi nombre.

No me miró al decirlo.
Lo dijo suave, bajito, como si fuera algo delicado, algo que tenía miedo de romper si lo decía demasiado fuerte.

Y ahí lo entendí.

Lo entendí sin que él tuviera que explicarme nada más.

No era solo el nombre.
No era solo la palabra.
Era lo que significaba.

Escribir su nombre era existir.

Era decir “yo soy”.
Era dejar una marca.

Me quedé callado unos segundos.
No porque no supiera qué contestar...
sino porque algo en mí también se acomodó en ese instante.

—Vamos a aprender —le dije despacio, como quien promete algo importante, algo verdadero.

Él me miró, esta vez sí.
Y en esos ojos volvió a encenderse una luz, chiquita primero, pero cálida...
una luz de confianza.

No se levantó de golpe.
No hizo ningún gesto grande.
Solo apoyó su mano sobre la mía.
Firme.
Calma.
Como quien agradece sin palabras.

En ese gesto, entendí que la vida no siempre se grita.
A veces se dice bajito.
Muy bajito.
Para que solo el corazón escuche.

Esa tarde entré a su casa por primera vez.
No como compañero.
No como colega.
Sino como **amigo**.

Su madre nos miró con ternura.
Las hermanas sonrieron.
El hogar olía a pan, a café, a abrazo.

Nos sentamos al lado de la estufa.
Y mientras la leña se consumía lento, silenciosa, Edgardo apoyó la cabeza en mi hombro.

No escribimos su nombre esa noche.

No hacía falta todavía.

Primero había que **sanar**.
Primero había que **acompañar**.

Y en ese silencio compartido, en ese calor, entendí que hay momentos en los que uno no está para enseñar nada...

...sino para **estar**.

Solo estar.

Y así, sin darnos cuenta,
dejamos de ser amigos del trabajo.
Y fuimos algo más grande.
Algo que no necesita nombre.

Porque algunas cosas
—las verdaderas—
no se nombran.

Se sienten.

El árbol

El sol de la tarde caía tibio, de esos soles que no queman, sino que **acarician**.

El patio estaba quieto, solo se escuchaba el canto de algún pájaro y el viento moviendo las hojas del eucalipto grande, ese que daba sombra desde antes de que nosotros nacióáramos.

Edgardo y yo nos sentamos ahí, como quienes no necesitan hablar para estar juntos.

Él tenía en las manos su cuaderno, el de siempre, el que llevaba a todas partes aunque todavía estuviera vacío.

No dije nada.

No había que decir nada.

Puse el lápiz sobre su mano, despacio.

Su mano tembló un poco, no de miedo...
sino de emoción.

—Tranquilo —le dije bajito, casi como si lo susurrara al viento—.
Acá no hay apuro.

Él respiró hondo.

Miró el papel.

Miró el árbol.

Miró el cielo.

Y entonces, muy lentamente, empezó a trazar la primera letra.

No era perfecta.

No importaba.

Después la segunda.

Su mano temblaba menos.
Sus ojos brillaban más.

La tercera.

Yo no lo miraba a él.
Miraba su sombra.

La sombra de su mano escribiendo.
La sombra de un hombre **diciedo quién era.**

Cuando la última letra estuvo en el papel, Edgardo dejó el lápiz.
No dijo nada.
No lloró.
No se rió.

Solo apoyó su mano sobre la hoja, suave, como quien cuida algo frágil.

Y entonces, por primera vez, me miró con esa luz que solo aparece cuando uno **se reconoce capaz.**

Era su nombre.
Su nombre escrito por él.
Su nombre dicho con sus manos.

—Soy yo —dijo bajito.

No «lo hice».
No «pude».

Soy yo.

Y ese “yo” era todo.

Se quedó mirando la palabra largo rato.
Yo también.

El viento movió las hojas del eucalipto, como si aplaudiera despacio.

Edgardo no sonrió como otras veces.
Era otra cosa.

Era una **paz** profunda, limpia, serena.
Una paz que no se dice, se siente.

Ese día entendí que hay victorias que no hacen ruido.
Que no necesitan testigos.
Que no llevan medallas, ni diplomas, ni fotos.

Ese día, bajo ese árbol, Edgardo **no solo escribió su nombre.**

Ese día, **Edgardo nació de nuevo.**

A veces pensamos que enseñar es explicar, mostrar, repetir.
Aquel día aprendí que **enseñar es acompañar.**

No fui yo quien le dio algo a Edgardo.
Fue él quien me mostró que **la voluntad puede más que cualquier dificultad**, más que cualquier diagnóstico, más que cualquier mirada que te diga “vos no podés”.

Edgardo solo necesitaba que alguien creyera con él.
No por él.
Con él.

Yo salí de aquella tarde distinto.
No volví igual a mi casa.
Ni al trabajo.
Ni a mí mismo.

Comprendí que lo que hace grande a una persona no es lo que sabe, ni lo que puede hacer sin esfuerzo, sino **lo que intenta una y otra vez** hasta lograrlo.

Edgardo me enseñó que a veces la vida solo es eso:
un nombre escrito con la mano temblando
y la certeza profunda de que **sí se puede.**

Yo lo acompañé a escribir su nombre.
Y él, sin saberlo, escribió un poco del mío.

La gorda estaba re-buena

Lau

Yo tenía un amigo muy querido que se llamaba Wenceslau. Pero entre nosotros no existían tantas formalidades: para los amigos era simplemente **Lau**.

Con los demás, sí: “**Señor Wenceslau**”. Sin discusión.

Lau había ido muy poco a la escuela. Él mismo decía —medio en broma, medio en serio— que había tenido la suerte de **enfermarse y no aprender lo que todos los demás estaban obligados a ver**.

Siempre repetía:

—Por suerte yo no veo.

Y lo decía con una sonrisa tranquila, como quien guarda un secreto que los demás aún no comprendemos.

Amaba la música sertaneja.

Cantaba hermoso —fuerte y suave a la vez— pero solo entre amigos.

Si llegaba alguien “de afuera”, alguien que él no **veía**, se callaba.

—Yo no veo, no canto —decía.

Lau tenía una misión en la vida: **el amor**.

Era romántico, caballero, de esos que ya no nacen más.

Pero también era exigente. Muy exigente.

Le presentaban mujeres y él siempre encontraba algo que no cuadraba. Seguía esperando, soñando, buscando.

—Preciso conseguirme una compañera... —nos decía.

Y el tiempo pasaba.

Hasta que un invierno, de esos que cortan la respiración, fuimos a un almuerzo en un patio grande.
El frío atravesaba hasta los huesos.

De repente, escuché que Lau me llamaba.
Lo vi contra una pared pintada de rojo, el saco todo manchado, y a su lado una mujer... una mujer difícil de describir.

No sabía su edad.
Pero sí sabía que llevaba **más de cien kilos de vida** en su cuerpo.
Y el frío ni la rozaba.

Lau estaba **feliz**.
Se le veía en la cara.

Me tomó del brazo, me acercó su boca al oído y me susurró, con una emoción limpia:

—Jorge... encontré a la mujer de mi vida.
Desde que llegamos la estoy tocando... y está **muy buena**.
Hay carne por todos lados...
¡y hay de dónde agarrarse!

Y la pregunta cayó, inevitable:

—¿Qué te parece?

Sentí miedo.
Miedo de mentir.
Miedo de lastimar.
Miedo de fallar como amigo.

Pero sus ojos...
Sus ojos estaban llenos de verdad.

Respiré hondo y dije:

—No está buena...
Está re-buena.

Dije eso, y me fui.
Me fui sabiendo que **él había visto algo que yo no**.

La verdad

Pasó tiempo.
Yo lo evitaba.
Creía haberlo decepcionado.
O haber sido hipócrita.

Pero un día escuché mi nombre en la calle.

Era su voz.
La voz de Lau.

Me di vuelta y ahí estaba él, con una sonrisa que le iluminaba el alma.

Me abrazó fuerte, me dio un beso y dijo:

—Gracias, mi amigo. Vos me ayudaste a encontrar a la mujer más maravillosa del planeta. Soy feliz, muy feliz. Ella es una ternura. Una compañera de verdad. Estoy enamorado de esa belleza de mujer.

Hoy ya pasaron **veinte años**.
Y tienen **cinco hijos**.
Y siguen enamorados como el primer día.

Y yo entendí:

La belleza nunca estuvo en lo que yo veía.
Estaba en lo que él **sabía sentir**.

Qué suerte que **la gorda estaba re-buena**.
Qué suerte que **él la vio antes que todos**.

La sonrisa que insistía

El deseo

Jacinto era un gurú que siempre estaba riéndose. Aunque tenía grandes dificultades para controlar sus movimientos, pasaba el día entero en actividad, siempre queriendo ayudar... aunque, muchas veces, sin querer, terminaba tirando cosas o golpeando a alguien. Luego pedía disculpas con una sonrisa enorme y volvía a intentarlo. Ser útil era su manera de sentirse parte.

Asistía a clases de apoyo, donde la maestra —con paciencia y cariño— lo acompañaba en el aprendizaje y en el desafío de controlar su cuerpo. Jacinto quería aprender, iba siempre con su cuadernito, pero sostener el lápiz lo desesperaba. Se frustraba. A veces lloraba.

Un día llegó con una decisión firme:

Quería aprender a firmar su nombre.

En su cédula decía que no sabía firmar. Eso le dolía. Lo hacía sentir menos.

La maestra trató de explicarle que quizás no podría hacerlo...

Pero Jacinto insistía.

Insistía con el alma.

Comenzaron ejercicios de motricidad fina. Jacinto pidió llevárselos a su casa. Y no solo los hacía: los cronometraba, anotaba tiempos, se ponía metas, se exigía.

—Ayer me llevó 20 minutos. Hoy, 17 —decía, orgulloso.

Yo, emocionado por su esfuerzo, le di un cuaderno de doble raya para que comenzara a practicar su firma.

Ahora escribe sin mirar

Le escribí su nombre en tres renglones para que lo copiara en su casa.

A la mañana siguiente, Jacinto entró, dejó el cuaderno sobre la mesa y dijo:

—Mire.

Cuando lo abrí, no había tres renglones escritos.

Estaba TODO el cuaderno escrito.

Página por página.

Firma por firma.

—Estuve toda la noche —me dijo—. Las primeras me llevaron treinta minutos. Las últimas, diez.

Yo no podía creerlo.

Entonces le dije que al día siguiente haríamos una prueba.

Jacinto me miró con esa sonrisa suya, entre dulce y desafiante.

A la mañana siguiente se sentó frente a mí.

Escribí su nombre en una hoja en blanco y le dije:

—Ahora copíá.

En menos de diez minutos ya había terminado.

Y me miraba como diciendo:

«Pedime otra cosa.»

Entonces, sin pensar, dije:

—Ahora escribe sin mirar.

Jacinto metió la cabeza debajo de la mesa
y escribió su nombre perfectamente.

Sin ver.

Sin dudar.

Yo me quedé en silencio.

No podía creer lo que estaba viendo.

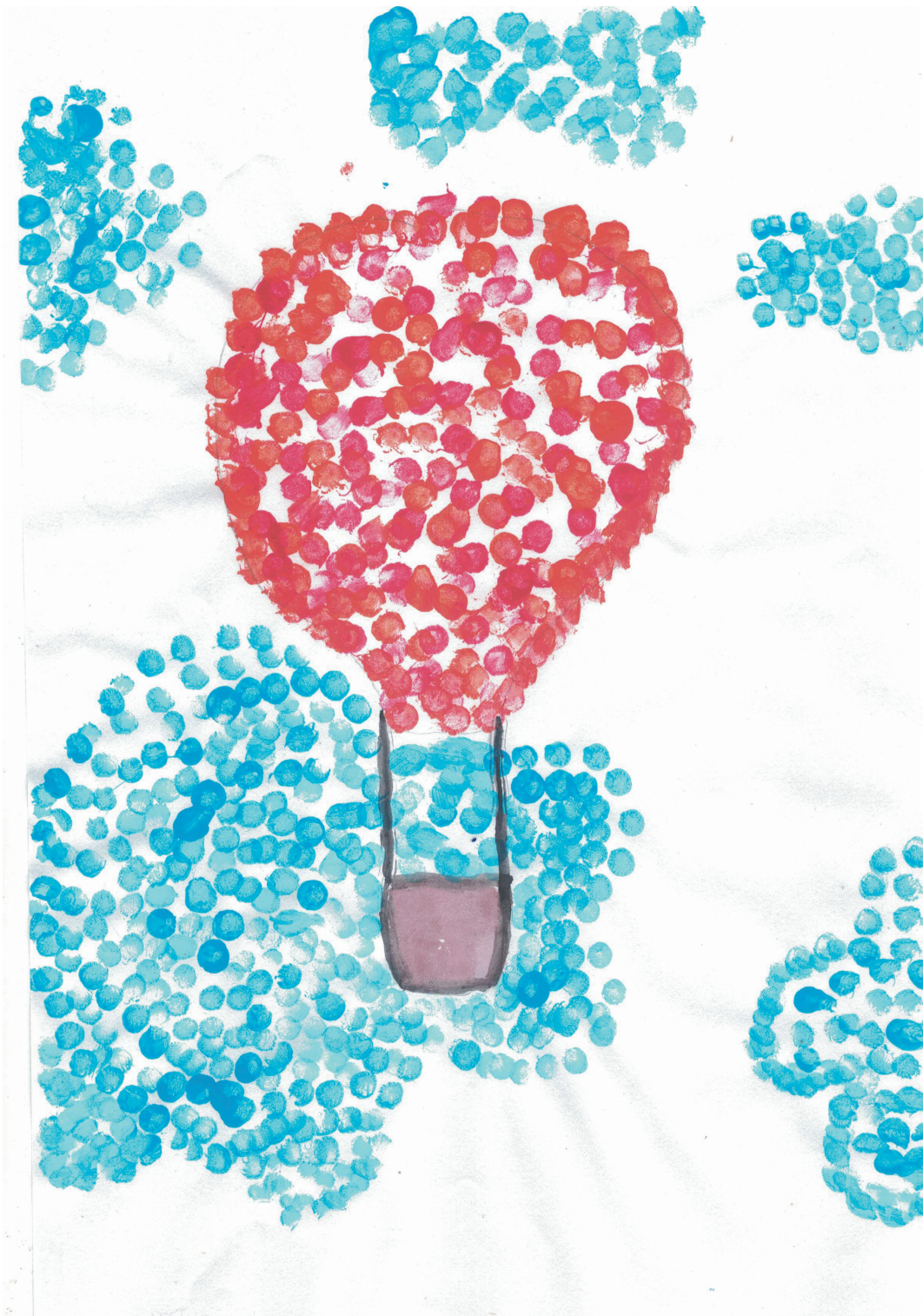
No podía creer lo que yo mismo había dicho.

Y desde ese día, **nunca más** volví a decir:

—Ahora escribe sin mirar.

Porque entendí algo que Jacinto siempre supo:

Cuando el corazón quiere aprender, el cuerpo encuentra el camino.







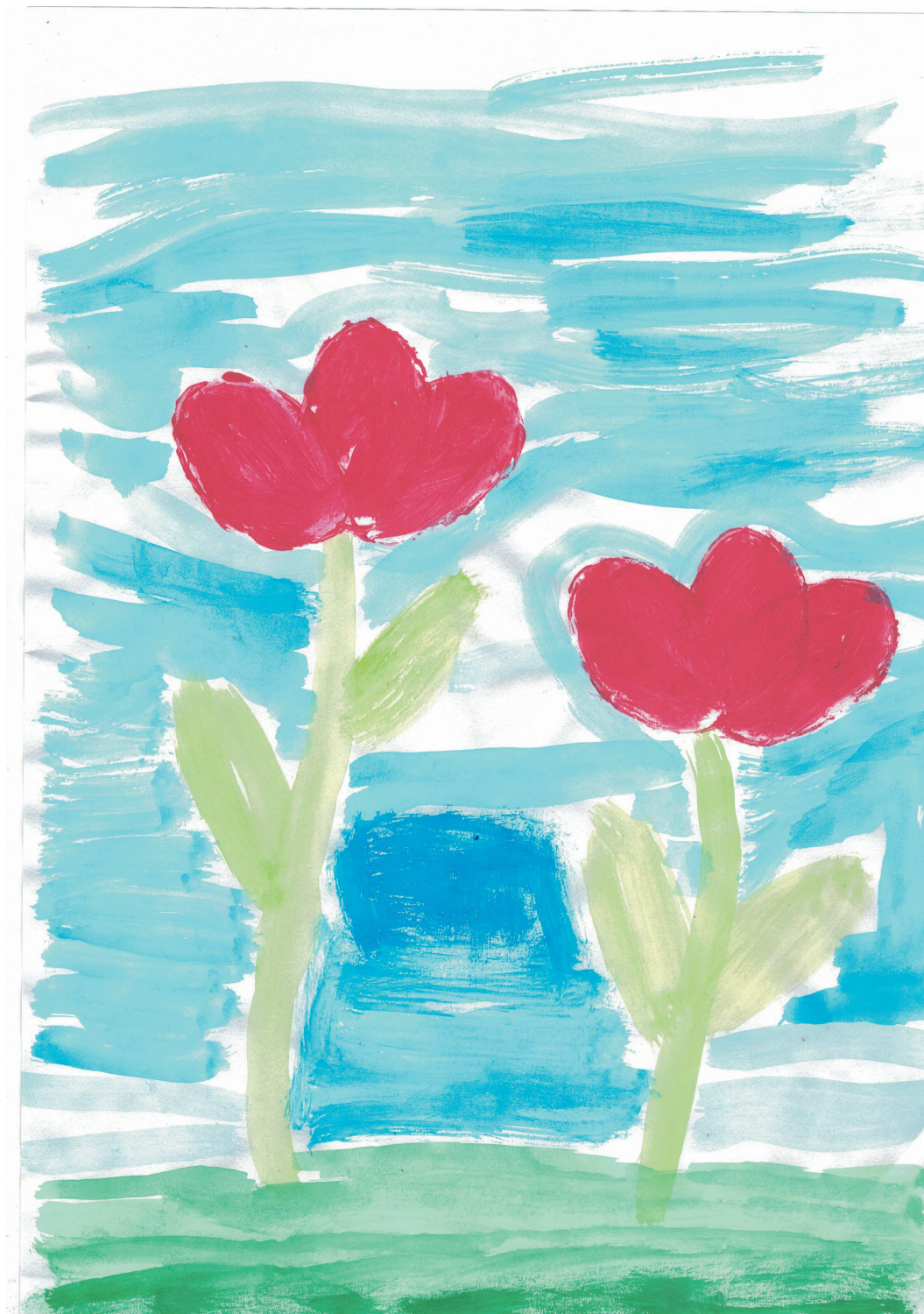


JESICA



Ustazah Bib







www.stainedglasshobby.com

A morte não é segura

La música de Patricia

Patricia tiene 26 años. Es divertida, activa y llena de energía. Le encanta estar siempre inventando cosas; necesita estar en movimiento.

Se desplaza de un lado a otro como si buscara algo que nunca termina de encontrar.

Y cuando parece que lo encontró, otra vez se agita, se levanta y vuelve a empezar, como movida por una fuerza interna que nunca se detiene.

Tiene unos ojos azules, muy azules: grandes, curiosos, siempre buscando.

Y están llenos de vida, como si en ellos se pudiera ver todo lo que siente y piensa.

Su pelo rubio brilla bajo el sol, y su piel muy blanca se enciende rápido en un tono casi rojizo.

Entre todo lo que le gusta, Patricia tiene una preferencia especial: la música.

Y dentro de la música, un amor absoluto por Jorge Aragão cantando “*O Coisinha tão bonitinha do pai*”.

Frenéticamente busca esa canción en las radios.

Pasa horas junto al equipo de sonido tratando de encontrarla.

A veces también baila otras músicas, moviéndose con todo el cuerpo.

Ver a Patricia bailar es verla feliz.

Sacude su cabello para que también baile con ella.

Es una fiesta. Patricia está viva.

Sus compañeros, sabiendo cuánto la hacía feliz, se empeñaron en conseguir esa música.

Se la grabaron, le prepararon un CD y hasta hicieron un pequeño

ritual para entregárselo.

Patricia no se lo esperaba.

Cuando lo tuvo en sus manos, corrió hacia el equipo de música sin siquiera agradecer: la felicidad era urgente.

El CD tenía más de quince canciones, pero Patricia solo quería la número siete.

Allí estaba su canción.

Cada vez que Patricia llegaba a donde estábamos todos y había música sonando...

había que detenerla.

Patricia tenía algo que proponer.

Y después, claro, venía el baile.

Y no solo ella bailaba: nos arrastraba a todos.

Y lo hacía con tanta alegría que hasta los más tímidos terminábamos moviéndonos a su lado.

Sin embargo, Patricia también era cuidadosa:

cuando se le decía que ya era hora de terminar, detenía la música, sacaba el CD y lo guardaba con delicadeza en su lugar del armario.

“A morte não é segura”

Así transcurrieron muchos días, hasta que un día distinto llegó. Uno de esos días en que el ánimo está bajo y se contagia. Ese día el grupo había decidido escuchar música instrumental, romántica, o “aburrida”, como decían algunos gurises. Y la sala se volvió lenta, pesada, sin aire de fiesta.

Patricia rondaba el equipo de sonido con expresión de desconcierto.

Parecía preguntarse qué estaba pasando, pero no se animaba a intervenir.

Yo la observaba desde un rincón.

Entonces ella abrió su armario, tomó su CD y lo sostuvo entre las manos, esperando.

Esperando el momento exacto.

Cuando la música terminó y alguien se levantó para cambiarla, Patricia saltó.

Fue tan rápida que nadie alcanzó a reaccionar.

Puso el CD, buscó la pista número siete, y cuando comenzó a sonar, giró hacia nosotros con una sonrisa enorme, luminosa, irresistible.

Levantó los brazos, como anunciando la vida misma, y gritó:

—Gurizada, vamos aproveitar a vida que a morte não é segura!

Y entonces todo volvió a moverse.

Nos movimos nosotros.

Volvió la alegría.

Volvió la música.

Volvió Patricia.

La música que nacía

La música que nacía de una lata

A Santiago siempre le gustó la música.

No importaba si eran tambores, guitarras, acordeones o simples palmas en el aire.

Él escuchaba ritmo en todas las cosas: en el viento moviendo las ramas, en los pasos sobre la vereda, en el agua golpeando el techo de chapa.

Para él, el mundo era una canción que nunca terminaba.

A lo largo de los años intentó aprender a tocar algún instrumento “de verdad”.

Fue a conservatorios, habló con profesores particulares, tocó puertas, esperó turnos, preguntó con humildad.

Y una y otra vez escuchó la misma frase:

—No, Santiago... vos no tenés condiciones.

Le explicaban que estudiar música era difícil, que había que leer partituras, seguir tiempos, aprender técnicas, y que él “no podía”. Se lo decían despacio, como quien teme herir, pero terminaban hiriendo igual.

Uno tras otro lo desanimaban.

Pero Santiago nunca se rindió.

Cada vez que volvía después de otro “no”, se iba directo al patio de su casa.

Allí lo esperaba su instrumento secreto: una latita con un palito, hecha por él mismo.

Santiago se sentaba bajo un árbol frondoso y empezaba a tocar.

Y no era simplemente golpear: **era música.**

Diversos ritmos nacían de esa lata.
Su cuerpo entero se movía, su cara se iluminaba, sus ojos viajaban lejos.

Santiago no estaba tocando una lata.
Santiago estaba habitando la música.

Cuando yo pasaba por el barrio, él me gritaba desde lejos:
—¡Vení, Jorge! ¡Que te voy a tocar una batucada!

Y allá íbamos.

Se sentaba él. Me sentaba yo.

Y empezaba.

Papapapapá... papapá... papá...

Y en ese instante, el mundo entero parecía acompañarlo.

Los vecinos abrían las ventanas.

Los niños corrían y se sentaban bajo el árbol, quietos, atentos,
como si estuvieran frente a un espectáculo sagrado.

Y poco a poco, la cuadra entera se convertía en fiesta: risas,
aplausos, baile.

Santiago mejoraba sus instrumentos buscando latas nuevas:
grandes, pequeñas, brillantes, oxidadas.

Cualquier lata que aparecía cerca suyo, pronto pasaba a ser parte de
su orquesta personal.

Así pasó el tiempo... hasta que un día algo cambió.

El día que el tambor también lloró

Santiago llegó corriendo a mi casa, desesperado, golpeando fuerte la puerta.

—¡Jorge! ¡Jorge! —decía, casi sin respirar.

Sus manos temblaban. Sus ojos estaban llenos de angustia.

Lo hice sentar, le di agua, le pedí que respirara.

—Quiero tocar en la murga del barrio —me dijo finalmente, con un hilo de voz.

No era solo entrar a la murga.

Era ser reconocido.

Era tener derecho a ocupar un lugar.

Era decir: **yo también pertenezco.**

Pero en la murga nadie le daba lugar.

“Santiago es distinto.”

“Santiago no va a poder seguir el ritmo.”

“Santiago no entiende.”

Los días comenzaron a doler.

Santiago se sentaba todas las tardes en el cordón de la vereda, a distancia prudente, escuchando los ensayos.

Su latita acompañaba en silencio el ritmo de los tambores, con una precisión que nadie quería ver.

Me fui de vacaciones con el corazón encogido.

Cuando volví, el carnaval ya estaba en plena fiesta.

Ese día, los vecinos habían llegado temprano, con sillas, tortas fritas, guaraná frío y risas flotando en el aire.

Las murgas fueron pasando una tras otra... hasta que llegó la nuestra.

Se hizo silencio.
Se abrió el telón.
Los tambores comenzaron fuertes... y de pronto, se detuvieron todos... menos uno.

Un solo repique llenó la noche:
Papapapapapá... papapá... papá...

El sonido era profundo, claro, hermoso.
La gente intentaba ver quién era el tamborilero.
El maquillaje ocultaba rostros, pero **los ojos no se pueden maquillar.**

Ahí estaban: los ojos de Santiago.
Sus ojos brillaban, húmedos, enormes.
Yo supe que estaba llorando mientras tocaba... y yo también lloré.

Cuando la murga bajó del escenario, pasó cerca mío, me dio un beso en la mejilla, suave, firme, agradecido.
Y siguió caminando.

Nunca supe cómo consiguió entrar a la murga.
Pero aprendí algo que nunca voy a olvidar:

No hay instrumento humilde cuando el corazón es grande.
No hay profesor que pueda medir el alma.
Y no hay ritmo más hermoso que el que nace de la verdad.

Santiago nunca necesitó permiso para ser músico.
Solo necesitaba que el mundo dejara de taparse los oídos.

“El Director”

El faro de la dignidad

Corría el año 1980.

Se anunciaba el “Año Internacional de la Persona Deficiente”.

Ese era el nombre que daban entonces.

Un nombre duro, frío.

Pero nosotros lo vivíamos de otro modo: sería el año de la dignidad, de alzar la voz, de reclamar lo que siempre nos perteneció: el derecho a ser parte.

Nos movíamos de ciudad en ciudad para encontrarnos, para reconocernos.

No había etiquetas.

No había “ciegos”, ni “sordos”, ni “personas en sillas de ruedas”, ni diagnósticos como fronteras.

Éramos seres humanos detrás de una conquista.

Por primera vez, queríamos lograr algo que fuera definitivo.

Un paso que ya no se pudiera desandar.

Las calles comenzaron a sentirnos.

La sociedad también.

Y no sin miedo.

¿Quiénes eran esas personas que ahora exigían derechos y no limosnas?

¿Quiénes eran los que ya no aceptaban que un escalón les negara el cine, el trabajo o la vida?

¿Quiénes se atrevían a decirle a una gran cadena de televisión que pusiera subtítulos para que muchos pudieran ver con los ojos del alma lo que no podían escuchar con el oído?

La respuesta era simple: **Éramos nosotros.**

Fue en ese escenario que apareció Juan.
Juan había sido estudiante de Medicina.
La vida le modificó el rumbo: su visión disminuyó.
Pero él no aceptó la exclusión como destino.
No estaba dispuesto a ser espectador.
Quiso ser protagonista.

Llegó al movimiento con paso firme y presencia de faro.
Siempre el primero en las reuniones.
Quince minutos antes.
El orden del día bajo el brazo.
Y nadie —absolutamente nadie— se levantaba antes de terminar.
—Aquí estamos por una causa —decía Juan—.
El que no está por ella, está por el sueldo.
Y el sueldo no alcanza para abandonar la lucha.

Juan pedía que le aplicaran insulina en plena reunión, para seguir,
para continuar, para no aflojar.
Su cuerpo era trinchera, pero su voluntad era ejército.

Guerrillero de la igualdad

En aquel tiempo existía una escuela para personas con baja visión.
Allí se enseñaba más a estar que a ser.

Juan lo vio antes que todos:
No se trataba de enseñar a sobrevivir,
sino de enseñar a vivir.
“Esos niños no son casos.
Son personas.
Y tienen amor para dar.”
Repetía Juan.

Y así comenzó la lucha.
Una lucha profunda, seria, intelectual y humana.
La comunidad discutía, los técnicos debatían, los funcionarios
dudaban.
Juan no. Juan sostenía. Juan abría camino.

Se creó la Asociación Nacional de Personas con Discapacidad.
Todas las voces unidas.
Juan fue elegido vicepresidente.
No aceptó ser presidente.
Dijo:
—Mi lucha está en el territorio.
Si me voy, la causa pierde carne.

Se reunía con gobernadores, intendentes, secretarios, docentes,
médicos, arquitectos, periodistas.
Cuando lo veían llegar decían:
—Ahí viene el guerrillero.
Y sí.
Lo era.

Juan era guerrillero de la dignidad.
De la igualdad.
Del derecho de ser.

Con el tiempo, Juan llegó a dirigir el centro por el que tanto luchó.
Triplicó el número de niños atendidos.
Los trataba como lo que eran: personas con sueños, futuro y
belleza.
Todo su sueldo lo destinaba a material para el centro.
Guardaba apenas lo necesario para comer.
No quería nada para él.
Todo era para la causa.

Un día, simplemente, se fue.
Dicen que se fue a una playa.
Solo.
Con libros.
Y con recuerdos que sabían a victoria.

Nunca más lo vi.
Pero sé —sé profundamente— que Juan cumplió con su deber.

“Alberto”

Los primeros pasos

En la clínica había varios computadores.

Parecían simples máquinas, cajas de luz y teclas, pero para muchos allí dentro eran puertas: pequeñas ventanas hacia otra forma de estar en el mundo.

Alberto venía solo por las clases de computación.

Llegaba con su silencio sereno, con pasos que parecían medir el suelo, como si cada movimiento requiriera una decisión.

Tenía deseos grandes, tan grandes que a veces su cuerpo no alcanzaba para sostenerlos.

Pero él quería aprender.

Quería poder.

Empezamos desde el principio:

el nombre de cada parte,

el botón que enciende,

el que apaga,

el cuidado, la paciencia, la espera.

Pasaron meses, quizás estaciones completas, hasta que logró apagar el computador de la manera correcta.

Fue una victoria pequeña en apariencia, pero gigante en verdad.

Ahí empezamos con el Word.

Todos los días la misma ceremonia: encender, abrir, practicar, cerrar.

Una coreografía de precisión y esfuerzo.

Hasta que un día, casi sin darnos cuenta, Alberto ya había convertido lo imposible en rutina.

Entonces comenzó a copiar textos.

Traía revistas, diarios, papeles de su casa.

Los copiaba a mano en el teclado, letra por letra, palabra por palabra, como quien reconstruye el mundo para comprenderlo.

Luego me pedía que lo corrigiera.

Su carpeta era impecable.

Cada mañana llegaba perfumado, reloj en la muñeca, carpeta bajo el brazo.

Se sentaba siempre en el mismo computador, se quitaba el reloj, lo dejaba al lado del monitor como quien deposita una ofrenda antes de una tarea sagrada.

Trabajaba una hora exacta.

A las once en punto apagaba el equipo, ordenaba su carpeta, me decía “hasta mañana” y se iba con la paz del que ha cumplido con su deber.

Así transcurrió el tiempo, con la precisión de una respiración acompasada.

Conectando el mundo

Hasta que un día, sin carpeta y con una inquietud distinta, Alberto se acercó:

—Jorge... me dijeron que por el computador uno puede hablar con personas. Y... que hasta se puede conseguir una novia.

Sus ojos brillaban.

No era ilusión: era anhelo.

Era la belleza pura del deseo de ser parte, de pertenecer, de amar y ser amado.

Le expliqué qué era Internet, cómo se comunicaban las personas, cómo los mundos ahora se tocaban por cables invisibles.

Alberto escuchaba, atento, absorbiendo cada palabra como quien recibe instrucciones para abrir una puerta muy esperada.

Cuando terminé, él simplemente dijo:

—Entonces yo quiero aprender eso.

Busqué la conexión. Hice llamadas. Pregunté.

Pero todo era caro, inaccesible, imposible.

Alberto preguntaba todos los días:

—¿Hoy sí?

Y todos los días yo debía decirle que no.

Hasta que un día, Alberto dejó de venir.

Ese vacío pesó más que su presencia.

18 de abril.

Alberto volvió.

Traje impecable. Perfume fresco.

Un cuaderno bajo el brazo.

Y una determinación tan grande que sus pasos ya no dudaban.

Sin sentarse, sin vacilar, me dijo:

—En pocos minutos tendremos Internet en la clínica. Yo hice las gestiones. Hoy nos conectamos con el mundo.

Se quedó de pie.

Esperando.

Mirando por la ventana como quien aguarda el inicio de una nueva vida.

A las once llegó una camioneta.

Dos técnicos preguntaron por él.

Alberto les estrechó la mano con la seguridad de quien sabe exactamente quién es y qué merece.

Les mostró su computador. Su lugar.

Instalaron el módem bajo su mirada atenta.

Veinte minutos después, la clínica entera estaba conectada.

Alberto regresó a mi sala.

Me miró.

Y con una sonrisa que todavía vive en mi memoria, dijo:

—Bueno, Jorge... ahora sí. Vamos a recorrer el mundo.

Lo que se siembra

El patio y el juramento

En la casa de estudios de Tranqueras siempre había trabajo por hacer.

Era un lugar vivo, lleno de voces, pasos, risas, discusiones y aprendizajes compartidos.

Los gurises inventaban actividades de un día para otro, y nosotros, los educadores, tratábamos de acompañar, ordenar, enseñar, aprender con ellos.

A veces las tareas no gustaban a todos, pero igual se hacían, porque entendíamos que formar también es insistir.

Había, sin embargo, algo que nos inquietaba desde hacía tiempo: el patio.

Un patio grande, hermoso en potencia, pero abandonado.

El pasto, siempre demasiado alto, volvía pocos días después de cada corte.

Los bichos, la humedad, el descuido...

Y muchas veces nos preguntábamos, alrededor de la mesa:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con el patio?

Habían existido intentos de convertirlo en huerta.

Gente de la comunidad se había entusiasmado, pero al poco tiempo desistía.

Todo regresaba al punto de partida.

Entre nosotros estaba Jesús.

Jesús era pequeño de cuerpo, pero enorme de presencia.

Caminaba rápido, hablaba fuerte, opinaba sin permiso.

No sabía fingir.

Un día, cuando ya nadie tenía fuerzas para volver a hablar del patio, Jesús se paró en el centro de la sala y dijo:

—Yo tengo la solución.

—Yo voy a hacer una huerta —afirmó.

No preguntó. No dudó.

Negociamos herramientas, botas, guantes, semillas.

Algunas cosas conseguimos nosotros, otras él mismo trajo, sabe Dios de dónde.

Hasta que un amanecer, antes que el sol alcanzara el horizonte, Jesús estaba de pie en el patio, firme, como quien se encuentra ante su destino.

Y empezó.

Día tras día, trabajaba la tierra.

La removía, la regaba, la sembraba.

El sol caía sobre él sin piedad y él seguía, con paciencia y esfuerzo.

A veces, desde la ventana, lo veíamos agachado, concentrado.

Y entonces sucedía: se detenía, se incorporaba lentamente, mirando hacia el cielo, como recordando algo antiguo, algo que no podía olvidarse.

Y gritaba, con voz profunda:

—O QUE QUE EU DEVO PRA ESTA VIDA?!

(¿Qué es lo que yo le debo a esta vida?)

No era enojo ni queja. Era pregunta y respuesta al mismo tiempo.

Un juramento invisible.

Lo que florece

Con el paso del tiempo, la huerta floreció.
Tomates pesados, lechugas abiertas como flores, zapallos brillantes
como soles pequeños.

Jesús se dedicó a repartir los frutos a quien quisiera.
No vendió. No guardó. No explicó. Solo dio.
Porque para él, la tierra que se trabaja con amor es tierra que no se
posee: se comparte.

Muchos años han pasado desde entonces.
Y sin embargo, si cierro los ojos, vuelvo a verlo:
Su figura erguida entre los surcos, la tierra en las manos, la sombra
larga del atardecer sobre su espalda.
La frente sudada.
La respiración honda.
El alma abierta.

Y su voz:

—O que que eu devo pra esta vida...

Hoy creo entenderlo.
Jesús no estaba preguntándole a la vida lo que le debía.
Estaba recordándose a sí mismo que vivir es sembrar.
Que lo recibido se devuelve.
Que la dignidad se cultiva con esfuerzo y ternura.
Que amar la vida es hacerse responsable de ella.
Y que lo que se siembra con el corazón,
siempre, siempre florece.

“Pitica”

La promesa y la espera

Yo siempre dije que la vida se ríe un poco de uno... y que uno, si es inteligente, se ríe con ella.

Por eso me llaman Pitica. Yo soy bajita, sí. Chiquita. Pero ojo: chiquita nomás en tamaño, porque de ganas, coraje y alegría siempre estuve sobrando.

Trabajé durante años en la Caixa Econômica Federal, ahí en Porto Alegre. Bien sentadita en mi silla, con vista al movimiento de la ciudad.

Mis ojos, aunque pequeños, eran dos faroles, siempre buscando a quién alumbrar, a quién descifrar, qué historia estaba naciendo frente a mí.

Yo escuchaba, observaba, adivinaba. Sin moverme mucho, estaba en el centro del mundo.

Vine sola de campaña. Dejé a mi familia allá en el interior.

Mis padres me dejaron venir con una condición:

—Prometeme que cuando estés mejor de plata, te vas a poner las piernas.

Sí... las piernas.

Porque yo no nací con las dos como corresponden.

Y la promesa era promesa.

Y yo nunca, nunca rompo mi palabra.

Cuando cobré mi primer sueldo, ya estaba pensando en eso.

Pero las piernas eran caras. Había que juntar.

Y mientras tanto, yo caminaba como podía.

Y cuando llovía, yo encontraba la excusa perfecta:

—Jorge, upame.

—¿Otra vez, Pitica?
—Es que me mojo...

Pero en verdad, yo quería conversar, reírme, estar cerca. No era el agua lo que quería evitar: era la soledad.

Pasó el tiempo.

Trabajé, ahorré, calculé, pregunté por modelos, tamaños, si serían flacas, torneadas, largas o cortitas como yo.

Yo contaba, me reía... a veces ni yo sabía si hablaba en serio o de puro gusto por jugar.

Pero un día llegó la hora.

Cobré. Firmé el cheque.

Y dije:

—Ahora sí. Ahora cumplo.

El estreno y la risa

Encontré a Jorge justo ese día. Por supuesto, me hizo upa.

Yo estaba orgullosa.

No tanto por las piernas, sino porque al fin iba a poder mirar a mis padres y decirles:

Cumplí.

Me fui sola a hacer el encargo. Quería sorprender. Quería que la primera vez que me vieran con mis piernas, fuera una fiesta.

Pasó un tiempo.

Y una noche llamé a Jorge.

Mi voz estaba seria... y eso ya era raro.

—Venite esta noche.

—¿Cómo te fue? ¿Y las piernas?

—Venite —le dije—. Te cuento.

Compré pizza con aceitunas (porque sabe que yo muero por las aceitunas) y vino para casa.

Entró, me saludó, miró alrededor... y yo, con una carcajada de esas que te salen del alma, señalé la puerta detrás de mí:

—Mis piernas están ahí atrás.

Jorge no entendía nada.

Pero yo ya no podía contener la risa.

—Sentate, te cuento.

El día de estrenar mis piernas me preparé como para un casamiento.

Peluquería, maquillaje, perfume.

Me miraba al espejo y me decía:

Te estás viendo linda, Pitica. Te estás viendo linda de verdad.

Saqué el pasaje para el primer ómnibus, asiento 17, ventanilla.
Me senté, me acomodé mis piernas nuevas, cruzaditas como quien sabe lo que tiene.

Y de pronto, se sienta a mi lado un hombre.
El ómnibus arranca. Me duermo. Emoción cansa.
Despierto y algo... me toca.
Miro despacito...
Y veo unas manos que no eran mías, bien firmes, bien ubicadas...
en mis piernas.

Ahí pensé rápido:
¿Le pego? ¿Le grito? ¿Le digo atrevido?

Y después, me vino la claridad más grande de mi vida:
—Yo lo voy a dejar.
Porque él me está tocando las piernas... y las piernas no son mías.

Ahí, me empecé a reír.
Me reí con ganas.
Como me estoy riendo ahora mientras te cuento.

La vida es así.
Si no se la toma con humor, se vuelve pesada.
Y yo, aunque sea bajita, nunca fui de cargar pesos innecesarios.

Firmé la palabra. Cumplí. Caminé. Viví.
Y si de vez en cuando alguien me toca algo que no es mío...
y bueno...
Que se arreglen con la fábrica.

“El sabio”

El amigo del trabajo

Muchas tardes nos sentábamos a conversar con mi amigo Luis. Era un gurí grande, fuerte, de presencia. Cada vez que me veía, me decía con orgullo:

—Vos sos grande... pero mi hermano es más grande que vos.

Yo me reía, y él también.

Cuando me encontraba solo, iba hasta su casa. Pero no podía entrar: Luis tenía una regla muy seria. Él decía que no mezclaba las cosas del trabajo con las familiares.

Eso significaba que, para él, yo era un amigo del trabajo.

Entonces nos sentábamos en el cordón de la vereda, como dos señores de barrio arreglando el mundo.

Hablábamos de todo.

A Luis le gustaba escuchar poesías, canciones de amor y discos de tango.

Decía que le gustaban “las cosas románticas y de la tierra”.

Me contaba que iba a una escuela donde querían enseñarle a cocinar. Pero él siempre hacía alguna macana, y lo terminaban echando del taller.

Como no le gustaba cocinar, ideaba estrategias para que lo expulsaran.

Una de ellas —según él, la mejor— era que, a mitad de la jornada, se paraba en el medio de la cocina, fruncía su rostro con mucha seriedad, y con su voz ronca decía:

—¡Esa es la maestra vieja!

Y claro, la maestra lo echaba de inmediato.

Luis salía muy contento, libre una vez más.

La sabiduría de Luis

Un día llegué con tristeza.

Las cosas en mi vida no iban bien.

Tenía una novia con la que no nos entendíamos, y discutíamos todo el tiempo.

Sentía mi corazón apretado, cansado.

Luis me escuchó en silencio.

Sus ojos no se apartaban de los míos, como si buscara entender, como si quisiera encontrar la palabra exacta para sostenerme.

Se hizo un silencio largo.

De esos en los que uno cree que nada está pasando... pero en realidad está pasando todo.

Yo pensé: Le conté todo esto y capaz no entendió nada.

Entonces Luis se dio vuelta, me miró fijo, y con su voz ronca —esa voz que usaba para enfrentarse al mundo— me dijo:

—Yo sería una persona muy feliz... si supiera escribir mi nombre.

Me quedé mudo. Atónito. Algo en mí se detuvo.

Reaccioné después de unos segundos:

—¿Qué dijiste?

Me miró de nuevo, más firme, más verdadero aún:

—Quiero aprender a escribir mi nombre.

No lo dudé.

—Entonces vamos ya mismo, Luis. Lo vamos a aprender.

Él se levantó de golpe.

—Entrá a casa. Me vas a enseñar.

Y en ese instante dejó de verme como amigo del trabajo.
Ese día entré a su mundo.
Adentro estaban su madre, sus hermanas, su abuelo.
Había amor. Mucho amor.
Nos rodeaban con una ternura limpia, sin esfuerzos.

Nos sentamos junto a la estufa.
Conversamos de todo.
Comimos tortas y tortas fritas.
Tomamos café.
Escuchamos música.
Hasta bailamos.

Cuando salí, era medianoche.
Mi tristeza ya no existía.
Había quedado abrazada allí adentro, junto a esa familia.
Junto a Luis.

Y sí... es cierto: Ese día Luis no aprendió a escribir su nombre.
Pero yo aprendí algo mucho más grande.
Aprendí a no confundirme nunca más sobre dónde está la
sabiduría.
La sabiduría estaba ahí.
En él.
En su casa.
En su ternura.
En su voz ronca.
En su espíritu libre.

Nilza de Mello

Historia relatada y contada por ella

Aprender a escuchar el mundo

Yo nací en Cerro Alegre, un 22 de marzo de 1956, en un ranchito de barro.

Éramos muchos: mi padre, mi madre y ocho hermanos.

Mi padre trabajó toda la vida de changas, de peón.

Nunca dejó que mi madre trabajara afuera: decía que el trabajo más grande del mundo era criar hijos.

Crecimos juntos, siempre juntos.

De Cerro Alegre pasamos a Cuñapirú, y después al paraje Mangrullo.

Recuerdo la tierra húmeda, el olor de la leña, la vida sencilla.

Después, en 1990, llegamos a Tranqueras.

Mi padre ya cansado, pero feliz de tener una casita propia.

Era pequeña, pero era nuestra.

Yo no sabía que era ciega.

La vida, para mí, era así: escuchada, tocada, sentida.

El mundo me llegaba por los pies en la tierra, por el viento, por las voces.

Me llevaban de la mano y yo iba.

Un día, saliendo con mi hermana a tirar la basura, tropecé y todo se desparramó.

Ella se enojó y me gritó:

—¡Ciega de mierda!

Ahí supe.

La palabra me atravesó.

Lloré.

Y por única vez, mi hermana mayor me defendió.

A los siete años me sacaron la pensión.
Nunca fui a la escuela.
Jugaba sola, inventaba mundos con un papel en las manos.
Cuando veníamos a Tranqueras de visita, unas personas me
trataban bien.
Pero había una que siempre repetía:
—Mira que vos sos ciega... vos sos ciega.
Yo pregunté qué quería decir eso.
Una muchacha me respondió:
—Son todos así.
Yo pensé: *aquí hay algo encerrado*.
Y dije para mí: *algún día se va a saber*.
Y seguí.
Siempre cerca de mi madre.
Ella era mi mundo.

La palabra, las manos y el destino

Como era la única ciega en Tranqueras, los Rotarios me regalaron un reloj especial.

Le pedí a mis hermanas que escribieran una carta para el programa de Cabrerita.

Y fue ahí cuando brotaron los poemas.

El sonido de los árboles, los pájaros, el viento, eran mis imágenes.

Yo dictaba. Mi hermana menor escribía.

Con esos poemas imprimí mi primer libro.

Y después el segundo.

Ya llevo seis.

Yo quería viajar, presentar mi libro en Tacuarembó.

Entonces apareció Lola.

Y desde ese día, nunca más anduve sola.

Ella fue ojos, camino y compañía.

Un día, estando sola, tomé lana y empecé a bordar.

Sin aguja.

Sin ver los colores.

Yo distingo el blanco rompiendo la puntita del hilo.

El fondo es blanco.

Los demás colores los dejan mis manos.

Mis manos saben.

Quiero vender mis bordados.

Quiero trabajar.

Yo en mi casa hago de todo: ropa, orden, cocina.

Aprendí porque sabía que mi madre no estaría siempre.

Y yo tendría que seguir.

Miro novelas en la radio del televisor:
no necesito verlas, yo escucho.
Las voces cuentan todo.

Hace seis años tengo un espacio en la radio de Tranqueras.
Lola me lee los poemas.
Yo los memorizo.
Así aprendí: escuchando.

Mi padre murió.
Mi madre ya no me acompaña a los lanzamientos.
Está viejita.
Y sé que va a llegar el momento en que voy a quedar sola.

Pero no me asusta.
La vida que viene es esa.
Yo la espero tranquila.

Porque yo aprendí a estar en el mundo a mi manera:
escuchándolo.

Y cuando uno escucha de verdad...
el mundo es hermoso.

Fondo Tierradentro Ediciones

- Oscar Padrón Favre: *Julio Martínez Oyanguren. Una gran guitarra de Uruguay y América.*
- Juan B. Alberdi: *La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual.*
- Oscar Padrón Favre: *Los charrúas-minuanes en su etapa final.*
- José Virginio Díaz: *Viaje por la campaña oriental, 1903.*
- Raúl Iturria: *Tratado de Folklore.*
- Claudio Silveira Silva – Raúl Iturria: *Nuestro campo en dos visiones.*
- Raúl Iturria: *Hernandarias. De tropero a estadista.*
- Raúl Iturria: *1958. El año en que cambió la historia.*
- Julio Martínez Lamas: *¿A dónde vamos?*
- Raúl Iturria: *Con los ojos del alma.*
- Gabriel González: *El trastorno narcisista en la personalidad.*
- Olga Olivera: *Valizas y su entorno.*
- Oscar Padrón: *Ocaso de un pueblo indio. Historia del éxodo guaraní-misionero al Uruguay.*
- Enrique A. Berriel: *Desde el Juan Chazo de ayer al 25 de Agosto de hoy.*
- Miguel do Espírito Santo: *Portugal y la Banda Oriental. Una lucha entre la fe y la razón.*
- Raúl Iturria: *Versos del tiempo.*
- Gabriel González: *El Conflicto Eclesiástico (1861-1862).*
- Olga Olivera: *Últimas impresiones de un corazón obstruido.*
- Maritza Vieytes: *El león de Caprera.*
- Daniel Barragán: *Enseñar y aprender en el siglo XXI. Uso didáctico de las TICs.*
- Silos Piedra Cueva: *Tierras vírgenes. Estampas de la vida de Miguel Jaureguiberry.*
- Sergio Venturini: *El Indio Guaraní. En la selva, en las Misiones, hoy.*
- Gabriel González: *Varela y Vera. Dos visiones sobre la religión en la escuela.*
- Pedro Gaudiano: *Los valores de Artigas para iluminar el Bicentenario.*
- Raúl Iturria: *Hojas sueltas.*
- Maritza Vieytes: *Las voces del pasado.*
- Jorge F. Machón – Daniel Cantero: *Andresito. El líder guaraní-misionero del artiguismo.*
- Eduardo Palermo: *Tierra Esclavizada.*
- Maritza Vieytes: *La palabra perdida.*
- Enrique A. Berriel: *Memorias del departamento de la Florida.*
- Sergio Venturini: *Caminando. Tras las huellas de S. Roque González de Santa Cruz.*
- Ana M. Castillo - Pedro Gaudiano: *El arte de construir Familia.*
- Carlos Fariello: *Los judíos del Durazno.*
- Silos Piedra Cueva: *Campo y Ciudad. Una contradicción no superada.*
- Natalia Cisneros: *En busca de mí.*
- Hamid Nazabay: *No hay vida más desgraciada... Arturo de Nava y el canto criollo.*
- Enrique A. Berriel: *Nomenclátor de Villa 25 de Agosto.*
- Mabel Moreno: *Tierras en disputa y sus testimonios en Uruguay.*
- Jornadas Geohistoria: *Miradas para una Geohistoria Regional- 1.*
- Oscar Padrón Favre: *Misiones Jesuíticas. La Palabra de los protagonistas.*
- Aldo Solé Obaldía: *El Gran Elector. Historia de los Jefes Políticos de Florida.*
- José Virginio Díaz: *Historia de Saravia.*

- Jornadas Geohistoria Regional: *Miradas para una Geohistoria Regional- 2.*
- Oscar Padrón Favre: *Durazno Antiguo- 2.*
- Sandra Casas- Alcides de Souza: *Pequeño Teatro de Durazno. 60 años.*
- Mario Garay: *La nación en la frontera.*
- Oscar Padrón Favre: *Villa San Pedro del Durazno 1821-1906.*
- Jorge Frogoni Laclau: *Escuelas de la Patria.*
- Gabriel González Merlano: *Los Curas del Pintado 1791-1809.*
- Eduardo R. Palermo: *Los orígenes de un pueblo de frontera: Rivera.*
- Jornadas Geohistoria Regional: *Miradas para una Geohistoria Regional - 3.*
- Andréa H. Ilha- Eduardo Palermo: *Plaza Parque Internacional. Livramento- Rivera.*
- Alice M. Gil Lerena: *De la Aldea al Pueblo. Sarandí Grande entre 1923 a 1925.*
- Jornadas Geohistoria Regional: *Miradas para una Geohistoria Regional - 4.*
- Sandra Chelentano: *Patrimonio funerario en las aulas de la DGTP.*
- Alberto Lamaita Rodríguez: *Orígenes del Partido Nacional de Florida.*
- Tomás Sansón Corbo: *Santo Domingo Soriano. Lugar de memoria.*
- Andrés G. Oberti: *Historia de la ciudad de Paysandú. Quiénes somos - 1.*
- Oscar Padrón Favre: *Rivera. El artiguismo posible.*
- José C. Sampayo: *El obelisco a los Constituyentes de 1830. Ciudad de Rivera.*
- Jornadas Geohistoria Regional: *Miradas para una Geohistoria Regional - 5.*
- Pedro Gaudiano (coord.): *Varela. Postura pedagógica y religiosidad.*
- Andrés G. Oberti: *Historia de la ciudad de Paysandú. En disputa - 2.*
- Tomás Sansón Corbo: *Juan A. Oddone y la Historia.*
- R. Silva-E. Castiñeira-M. Barrios: *Katú y los secretos de la yerba mate.*
- Jorge Frogoni Laclau: *La Cruzada Libertadora.*
- Mirtha Coitinho: *Metodismo uruguayo. Diccionario histórico 2.*
- Eduardo Barca (coord. Oscar Redón Cabrera): *Música rioplatense para guitarra.*
- Christian Sessarego: *El aporte de los obispos uruguayos al Concilio Vaticano II.*
- Jorge Supparo: *Voces del Centauro. Paremias-Locuciones populares.*
- Andrés G. Oberti: *Historia de la ciudad de Paysandú. Les Basques -3-1.*
- Jornadas Geohistoria Regional: *Miradas para una Geohistoria Regional - 6.*
- Gabriel González: *La independencia de la Iglesia en el proceso revolucionario (1810-1830).*
- Eduardo Palermo: *El grito del canilla. La prensa riverense del siglo XIX.*
- Andrés G. Oberti: *Historia de la ciudad de Paysandú. La Epopeya -3-2.*
- Sandra Chelentano (comp.): *Educación en patrimonio: aprender la ciudad.*
- Carlos Asuaga Requena: *Requenas, Muñoces y Plácidas. Una historia familiar.*
- Alejandro Rosano Soca: *Un colegio alemán en el Durazno criollo.*
- Alberto Cruz: *Cuatro migraciones olvidadas.*
- Tomás Sansón: *Entre el claustro y la historia. Dominicos españoles en Uruguay (1936-2016).*
- Oscar Redón Cabrera: *Telémaco Morales. Música criolla para guitarra.*
- Raúl J. Rodríguez de Almeida: *El valor de creer.*

Este libro nace de años de trabajo, aprendizaje y compromiso con las personas con discapacidad, sus familias y la construcción de una sociedad más inclusiva.

*Quiero expresar un agradecimiento muy especial a mi compañera, **Cristina**, por su apoyo constante, su comprensión y su compañía en cada etapa de este camino. Su aliento ha sido una fuente permanente de fortaleza e inspiración.*

*También dedico estas páginas a mis hijos, **Sebastián, Gabriela y Adriana**, quienes con su cariño, valores y confianza han sido un pilar fundamental en mi vida.*

A ellos, y a todas las personas que creen en la inclusión, el respeto y la igualdad de oportunidades, les dedico este trabajo con profundo afecto y gratitud.

Raúl Jorge Rodríguez de Almeida Adelo

